

Maternidad*

Ricardo Díaz Calderón

La señora estaba siempre en la cocina, en silencio. Llevaba encima, como siempre, un vestido frío y harapien-to que se parecía a su alma. El reloj de la pared, junto al fogón, sonó, como era su costumbre, poco después del mediodía.

Afuera, la ciudad se agitaba y trepidaba como una cuadriga de enojo, sin que los automóviles y el hollín y su perpetua voracidad alteraran, de algún modo, el mutismo de la vieja. La habitación principal permanecía casi intacta. Allí estaba la cama de madera oscura fabricada por alguno de los antepasados europeos que pereció en la guerra. Al frente, la chimenea marchita vedaba el paso.

En la habitación aledaña, arrellanado en el sillón de mimbre y sosteniendo una mirada imperturbable de ojos amarillos, vivía el hijo. De carácter retraído, el hombre jamás dejó que la apariencia mística de aquella casa afantasmada a la que nunca entró la luz lo trastornara.

Gozaba él del placer de discurrir en reflexiones que difícilmente sostendría en circunstancias diferentes. Se sentía embebido por el hecho de encontrar que los años (los cincuenta años que tenía) no llegaban todavía con el peso de las canas y la piel surcada; de que podía contar aún con el amparo de

su madre, su inflexible pero tierna madre, su sustento.

El hijo pasó sin ningún apuro a la cocina y encendió una vela diminuta que tembló antes de ser puesta con cuidado. La cena estaba lista.

—Lo mejor sería que comenzaras a ponerte una bufanda —dijo él. —Ya se advierte en el ambiente que estos meses son de frío.

Esa tarde se notaba mucho más el deslucido estado de la vieja. “Pareciera —pensó el hombre— que estuviera en otra parte”. Ya unos cuantos días antes la había visto huraña, indiferente, sentada en una esquina o revisando con rareza el refrigerador. Pero ahora la veía mirarlo absorta, con los ojos desorbitados y alienada. Irremediamente inmóvil, sin poder pronunciar una palabra o manotear un ademán.

Se sentó, sin embargo, sin prestar mucha atención a su actitud, y comenzó a comer. No sin cierto horror en la mirada, ella no hizo nada más que mantenerse viendo al hijo mientras este deliraba de placer al arrancar la carne con los dientes. Cuando el hombre hubo terminado, pasó una servilleta por su boca con pudor. Y, satisfecho, embutió cuidadosamente los restos del cuerpo de su madre en el frigorífico, pensando que a ese ritmo todavía tendría sustento para varios días más. ■

* 2.º Puesto en el Concurso de Cuento para Bachilleres de la Universidad Central 2014